

## EL GALICISMO EN ESPAÑOL (1900-1925)

PILAR MONTERO CURIEL

Durante la época medieval, la mayor influencia extranjera en español es la del arabismo. Dice Rafael Lapesa que «el elemento árabe fue, después del latino, el más importante del vocabulario español hasta el siglo XVI»<sup>1</sup>. La segunda gran aportación viene dada por la lengua francesa, desde el siglo XIII y, sobre todo, durante los siglos XVIII, XIX y primer cuarto del XX, cuando triunfa en Europa la moda francesa y el galicismo es apreciado como «rasgo de buen tono»<sup>2</sup>. En los últimos años del siglo XIX y todo el XX, el anglicismo será «el más importante desarrollo lingüístico del español»<sup>3</sup>.

El presente trabajo se concibe con una limitación de carácter temporal. Se ha elegido la etapa que abarca el primer cuarto del siglo XX para analizar la crítica del galicismo en español, y los motivos de esta elección se sustentan en razones diversas: en primer lugar, porque la relativa lejanía con que percibimos ahora la última invasión lingüística francesa en español nos permitirá juzgar los datos con mayor objetividad. En segundo lugar, parece fuera de duda que, a partir de los años treinta de este siglo, es cuando realmente se amortigua la entrada de voces francesas en nuestro idioma<sup>4</sup>, a favor de una nueva especie de préstamos, los anglicismos, cuya autoridad se impone en nuestros días como superior a la de cualquier otro influjo.

\* \* \*

La crítica del galicismo en español no tiene nada de extraña ni de original. En el siglo XVIII, algunos autores censuran ya el empleo de voces francesas innecesarias; así, Antonio de Capmany, en su *Arte de traducir del idioma francés al castellano*, lleva a cabo una profunda reflexión sobre las dificultades que

<sup>1</sup> RAFAEL LAPESA, *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Gredos, 1985, pág. 133.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 454. AMÉRICO CASTRO, «El galicismo», en *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, 1924, págs. 102-139.

<sup>3</sup> Cfr. HOWARD STONE, «Los anglicismos en España y su papel en la lengua oral», en *RFE*, xli, 1957, pág. 141; RAFAEL LAPESA, *op. cit.*, págs. 456-459 y nota 141.

<sup>4</sup> En la literatura de esta época [vid. EUGENIO DE NORA, *La novela española contemporánea (1898-1927)*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Gredos, 1973], entre los extranjerismos sobresalen los galicismos, frente a la relativa escasez de voces inglesas o italianas. Vid. MIGUEL ÁNGEL REBOLLO, «Notas sobre la lengua de Joaquín Belda», en *Anuario de Estudios Filológicos*, v, 1982, págs. 159-161.

puede plantear una traducción más o menos literal, e incluye la práctica de la traducción entre los problemas generales de la Lingüística<sup>5</sup>. En la misma línea, Rafael M.<sup>a</sup> Baralt, autor del *Diccionario de galicismos*, arremeterá más tarde contra el llamado «mal del galicismo» y sus secuelas: «giros, locuciones y modos de decir que desfigurán y vician radicalmente la lengua en que se admiten»<sup>6</sup>. En el polo opuesto de estas disputas, Feijoo ensalza la belleza de la prosa francesa y admite en sus escritos elementos afrancesados, capaces de contrarrestar, en su opinión, la pobreza de la lengua castellana para expresar nuevos conceptos<sup>7</sup>. No tardó en surgir, en medio de este clima propicio, la denominada por Lapesa «reacción purista», que pretendía «acabar con la corrupción del idioma»<sup>8</sup>.

En el siglo XIX prosigue la infiltración de elementos de corte francés en nuestra lengua<sup>9</sup>. Frente a aquella actitud transigente de Feijoo, otros autores de la nueva centuria muestran una obsesión arcaizante por el purismo, que choca con la realidad literaria del momento, en la que se percibe, sin duda, el asedio del galicismo. Quizá haya que buscar una explicación razonada en la abundancia de traducciones del francés<sup>10</sup>, durante la época romántica, para analizar en los autores decimonónicos la persistencia de la costumbre galicista del siglo XVIII. Estos peligros de la traducción directa y literal no son nuevos, como se desprende de las denuncias promulgadas, años antes, por Antonio de Capmany.

En las primeras décadas del siglo XX, la reverencia hacia los principios de la Academia y su lema (*Limpia, fija y da esplendor*) lleva hasta sus últimos límites la actitud purista tradicional. En los escritos de los académicos<sup>11</sup> se habla de «torrente cenagoso de exóticas frases y vocablos»<sup>12</sup>, «voces bárbaras»<sup>13</sup>, «neologismos mercedores de anatema»<sup>14</sup>, «groseros galicismos»<sup>15</sup>, y se afirma que

<sup>5</sup> ANTONIO DE CAPMANY, *Arte de traducir del idioma francés al castellano*, repr. facsimilar de la ed. de Madrid, 1776, Santiago de Compostela, 1987.

<sup>6</sup> RAFAEL M.<sup>a</sup> BARALT, *Diccionario de galicismos*, Madrid, 1885. Apud RAMÓN FRANQUELO Y ROMERO, *Frases impropias, barbarismos, solecismos y extranjerismos de uso más frecuente en la prensa y en la conversación*, Málaga, Tip. El Progreso, 1911, págs. 139-140.

<sup>7</sup> Vid. RAFAEL LAPESA, *op. cit.*, pág. 427.

<sup>8</sup> *Ibid.*, págs. 427-428; pág. 427, nota 8.

<sup>9</sup> *Ibid.*, págs. 454-456.

<sup>10</sup> Vid. AMÉRICO CASTRO, *op. cit.*, págs. 137-138; DANIEL DE CORTÁZAR, «El purismo», en *BRAE*, I, 1914, pág. 147; JULIO PALACIOS, «Por la pureza y unidad del lenguaje científico-técnico», en *BRAE*, XLIX, 1969, pág. 434.

<sup>11</sup> Vid., entre otros, EMILIO COTARELO, «Vocablos incorrectos», en *BRAE*, I, 1914, págs. 71-72, 197-198, 361-365, 479-481, 604-614; II, 1915, págs. 229-232, 386-388, 560-563, 718-721; III, 1916, 94-97, 241-243, 392-398, 605-607; IV, 1917, 377-382; V, 1918, 384-386; XII, 1925, 56-558; «Semántica española», en *BRAE*, VIII, 1912, 109-115; «Una nueva casta de galicismos», en *BRAE*, XII, 1925, 117-121; MANUEL DE SARALEGUI, «Escarceos filológicos», en *BRAE*, VIII, 1921, 313-322; IX, 1922, 71-76, 209-218, 549-570, 690-704; X, 1923, 72-82, 214-223, 330-347, 466-484, 640-652; XI, 1924, 70-94, 198-220, 321-336, 445-458, 627-645; XII, 1925, 274-293, 397-414, 544-555, 684-693; «Más sobre neologismos, desinencias y acepciones nuevas», en *BRAE*, XII, 1925, págs. 291-297; ANTONIO MARÍA SEGOVIA, «Neologismo y arcaísmo», en *BRAE*, I, 1914, 293-297; MIGUEL DEL TORO GIBBERT, «Chucherías lexicográficas», en *BRAE*, X, 1923, 198-213, etc.

<sup>12</sup> ANTONIO M.<sup>a</sup> SEGOVIA, «art. cit.», pág. 295.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 293.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 294.

<sup>15</sup> MANUEL DE SARALEGUI, «Escarceos filológicos», en *BRAE*, X, 1923, pág. 73.

«neologismo y galicismo vienen a ser (...) una sola y misma cosa»<sup>16</sup>. El objetivo básico de esta actitud consiste en censurar todas aquellas voces y frases con que, de ordinario, se adultera el buen decir. Los mismos académicos aceptan el término *puristas* con que se les moteja. Daniel de Cortázar, en el artículo titulado «El purismo», dice:

«Quiero contribuir a sostener lo castizo contra lo de importación innecesaria, aun cuando me exponga a que maliciosamente me denominen *purista* los que, corrompiendo su idioma, no tienen otro desquite, cual si hablar con propiedad fuera tacha...»<sup>17</sup>.

Cortázar ofrece en su artículo la definición que da el *Diccionario de la Real Academia Española* de la voz *purismo*, como «cualidad de purista», y lo interpreta así:

«(...) el que escribe o habla con pureza, es decir, en estilo correcto, exacto, ajustado a las leyes gramaticales y exento de voces y construcciones extrañas o viciosas»<sup>18</sup>.

Se podría pensar que los autores puristas conciben la lengua como una realidad fija y perfecta, y, motivados en sus críticas por razones estéticas, condenan con recriminaciones implacables la adopción de galicismos<sup>19</sup>. Ahora bien, esta crítica, que propugna como recurso inmediato la defensa de nuestra riqueza léxica frente a la avalancha de neologismos inútiles, no rechaza la posibilidad de admitir un tipo concreto de innovación del idioma: el representado por los neologismos necesarios<sup>20</sup>, que suelen ser los tecnicismos y la nomenclatura científica, cuyo uso está justificado, siempre que sirva para designar nuevos conceptos<sup>21</sup>. Estos extranjerismos pueden enriquecer positivamente el idioma, pero no conviene abusar de ellos<sup>22</sup>.

En los años veinte de este siglo, Américo Castro analiza la postura de la Academia en relación con el galicismo<sup>23</sup>, y, convencido de que la invasión del

<sup>16</sup> ANTONIO M.<sup>a</sup> SEGOVIA, «art. cit.», pág. 295.

<sup>17</sup> DANIEL DE CORTÁZAR, «art. cit.», en nuestra nota 10, pág. 39.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pág. 39.

<sup>19</sup> MANUEL DE SARALEGUI, «Escarceos...», en *BRAE*, x, 1923, pág. 72; EMILIO COTARELO, «Vocablos incorrectos», en *BRAE*, II, 1915, pág. 563.

<sup>20</sup> Cfr. ANTONIO M.<sup>a</sup> SEGOVIA, «art. cit.», pág. 249.

<sup>21</sup> *Vid.* J. R. CARRACIDO, «Neologismos científicos», en *BRAE*, I, 1914, págs. 199-200, 355-356; MANUEL VELASCO DE PANDO, «Varias cédulas sobre voces técnicas», en *BRAE*, x, 1923, 253-265; XI, 1924, 221-228; JULIO PALACIOS, «Por la pureza y unidad del lenguaje científico-técnico», en *BRAE*, XLIX, 1969, págs. 431-438; «Los neologismos en la ciencia y en la técnica», en *BRAE*, XLIX, 1964, 421-424; más recientemente, PEDRO CARRERO ERAS, «Terminología científica en el lenguaje poético de la segunda década de este siglo», en *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, ed. a cargo de Antonio Viudas, Manuel Ariza y Antonio Salvador, Madrid, Arco/Libros, 1988, 749-758.

<sup>22</sup> Cfr. JULIO PALACIOS, en *BRAE*, XLIX, 1969, pág. 436.

<sup>23</sup> AMÉRICO CASTRO, *op. cit.*, págs. 102-139.

préstamo francés es un hecho inevitable, afirma que el purismo es ya impotente para «encauzar esta manifestación del moderno internacionalismo»<sup>24</sup>. Hay que admitir que España recibe de Francia todo lo que significa progreso, de forma que el galicismo va a traducir el carácter internacional de la vida moderna desde el punto de vista lingüístico. Pero esta generalización no le impide hablar de dos tipos de galicismos: en primer lugar, aquellos que pueden considerarse necesarios, como símbolos del progreso; y, por otro lado, los que Américo Castro llama «galicismos frívolos», que han invadido «la zona más delicada y compleja del idioma»<sup>25</sup>. El uso de estos últimos conduce al empobrecimiento del léxico y a la falta de propiedad en la expresión oral y escrita.

Américo Castro aborda el problema del galicismo con una postura crítica y pragmática; opina que la solución para estos males no se alcanzará con una actitud «patrioter» (expresión que abriga un ataque hacia los puristas), sino «fomentando la enseñanza del español y la reflexión sobre el idioma»<sup>26</sup>. De este modo, mejorando la calidad de la enseñanza con el fin de desarrollar la conciencia lingüística de los hablantes, se superarán definitivamente las viejas disputas.

Contemporáneos de Américo Castro son dos autores que, en sus respectivas obras y en colaboraciones periodísticas, llevan a cabo duros ataques contra el vicio de introducir voces exóticas en español: Ramón Franquelo y Romero<sup>27</sup>, andaluz, y Mariano de Cavia<sup>28</sup>, aragonés que firma sus escritos bajo el seudónimo de «Un chico del Instituto». En sus trabajos se recrudece la vieja polémica del galicismo (y otros neologismos) con planteamientos que tienen mucho que ver con la posición purista, en el sentido de que rechazan cualquier palabra nueva por el hecho de ser extranjera o, sencillamente, por ser nueva.

Las opiniones de estos autores, vertidas en sendos libros, nos proporcionan una muestra ilustrativa de lo que significó la crítica del galicismo en España en las primeras décadas del siglo xx, como prolongación de una postura que arranca del siglo xviii y enlaza con los ataques más tópicos concebidos por la Academia. Ramón Franquelo divide su obra en varios capítulos; en uno de ellos se ocupa del extranjerismo fundamentalmente léxico, pero a lo largo de todo el libro plantea cuestiones relacionadas con el neologismo en general, desde el punto de vista fonético y morfosintáctico. Mariano de Cavia aprovecha en el título de su obra una parte del lema académico, *Limpia y fija*, para condenar el uso de locuciones bárbaras y expresiones no ajustadas a las leyes del idioma. En las dos obras se considera a la traducción como la principal inductora del galicismo.

#### EL PELIGRO DE LA TRADUCCIÓN

Decía Ortega y Gasset, en 1937, que «de todas las lenguas europeas la que menos facilita la faena de traducir es la francesa»<sup>29</sup>. Ya en el siglo xviii, la

<sup>24</sup> *Ibid.*, págs. 129 y 139.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 139; cfr. ANTONIO M.<sup>a</sup> SEGOVIA, «art. cit.», pág. 294.

<sup>26</sup> *Ibid.*, págs. 107-108 y 139.

<sup>27</sup> RAMÓN FRANQUELO Y ROMERO, *op. cit.*, en nota 6.

<sup>28</sup> MARIANO DE CÁVIA, *Limpia y fija*, Madrid, Imp. J. Pueyo, 1922.

<sup>29</sup> Vid. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, «Miseria y esplendor de la traducción», en *Obras Completas* tomo v, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1970, pág. 452.